



SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT
¡Qué valor!

EL CONFESONARIO
Artículos de CARMEN VILLAR
y TORQUITO

MARIANO DEL TODO Y HERRERO
Epigrama callejero.

SANTIAGO ABAD DONÉ
Emilio Bombita en Méjico.

ANTONIO DE LEZAMA
El teléfono.

J. MARTINEZ JEREZ
Elogio de una lengua.

FÉLIX RECIO
Nuestras cocotas.

GONZALO CANTÓ
Tenoriadas.

TOVAR, MANSO, BARRACHINA
y ALFONSO

Caricaturas y retratos de Luz Montoya,
Carmen Villar, Enriqueta Antón,
Torquito y otros dibujos.



5 cénts.

LUZ MONTOYA

Gitana de raza, andaluza, bonita y «candidata»
á cupletista, que será en breve.



LA COCOTA Y LA BEATA
¡OJO AL CRISTO, QUE ES DE PLATA!

Yendo á Jesús los viernes las devotas para pedir lo que les venga en gana, no hacen sino imitar á las cocotas que van—á San José por la mañana, y á San Luis por la tarde—con el noble fin de que un Cristo de marfil ó roble satisfaga su anhelo legítimo de dar con un *canelo* de corazón sencillo, que saque unas pesetas del bolsillo y éstas, de salto, mueran en la doble... malla de la escarcela ó limosnero donde las tales guardan el dinero que *apoquina* el incauto cabritillo.

Total: que, hablando en *plata*, se parecen la golfa y la beata (según mi modo de entender las cosas) en que van á la iglesia por *ansiosas*.

Es claro que los fines de las damas honestas y piadosas no son tan deleznable ni tan ruines como los de esas falsas religiosas—siempre supersticiosas—que, si los pies le besan á un madero, sólo es por su afición al vil dinero.

Pero—de todas suertes—las que, á las plantas de Jesús inertes, se rinden humildosas con el objeto de pedir «tres cosas» á un Santo Crucifijo,

sin saber si las tiene á punto fijo, son—vuelvo á repetir—unas *ansiosas* y unas interesadas, dignas de ser por Cristo rechazadas.

¡Ay, mi dulce Señor, cómo te puso la devoción al uso!...

Y ¡oh, inocentes y cándidas devotas! ¿Qué va á daros un Cristo marfileño, ni un mármol, ni un metal, ni un pobre leño si ya se lo dió todo á las cocotas?...

No seáis insensatas ni ingenuas, ¡oh, carísimas beatas!... Si las perras que echáis en el cepillo del templo se trasladan al bolsillo] de las inverecundas pedigüeñas que van á las capillas madrileñas en busca de un *canelo* ó cabritillo, ¿no estará ya cansado Nuestro Señor de conceder favores, si por mañana y tarde, á todas horas, le asedian las mujeres pecadoras que inducen al pecado de la carne ¡en Cuaresma! á los señores, y éstos ni en viernes son consumidores—cual lo manda la Iglesia—de pescado?...

Por eso, queridísimas devotas, me duele que imitéis á las cocotas yendo á pedir á un Santo Crucifijo—sin saber si las tiene á punto fijo—las «tres cosas» de marras, ¡pues no hay modo de que os dé nada quien lo dió ya todo!...

Carlos Miranda.

¡QUÉ VALOR!

QUANDO se anunció la boda del imbecil de Paquito Costales con Aldonza Cortijera, las gentes quedaron como quien ve visiones. Pasado el primer estupor, unos lo tomaron á chacota, indignáronse otros, y los más se encogieron de hombros desdeñosamente, como si ellos, en su fuero interno, tuviesen descontadas de larga fecha la majadería del novio y la venalidad, encubierta por una capa de altiva independencia, de la futura señora de Costales (*née* marquesa de Torre Almenada).

La condesa viuda de la Campanada, famosa en los fastos de los salones por su lengua de hacha, hizo una frase cruel refiriéndose á las aficiones taurinas del novio:

—A Paquito le han tirado siempre los cuernos.

La verdad es que, aun conociendo el poder del dinero en la sociedad moderna, nadie podía suponer que la situación de los marqueses de Torre Almenada fuese bastante crítica para imponerles la inmolación, en holocausto del becerro de oro, de su única hija. Pero, sobre todo, nadie, absolutamente nadie, se hubiese figurado en la divina Aldonza, en la altiva, en la inabordable, en la independiente Aldonza, en ella, rebelde á las leyes sociales, incapaz de ceder en sus caprichos y genialidades tamaño apostasía.

La figura encanijada del novio; su ridícula postura, montando los soberbios caballos que los millones ponían á su alcance, ofrecían tal contraste con la belleza y donaire de la prometida, que hacían de la boda un acontecimiento absurdo.

En la memoria de todos estaban las locuras de Aldonza, flor de verbena y romería, su maja «pose» de dama goyesca, sus taurinos entusiasmos, sus escapatorias á los barrios bajos, aquellos triunfales desfiles por la Pradera y la Florida, pero sobre todo su «flirt»

con el niño de Triana, un torero de ojos negros y corazón de brasa que, según malas lenguas, le tenía sorbido el seso. ¡Las locuras que aquella criatura había hecho por el tal! No era guapa Aldonza Cortijera en el sentido que las gentes dan á la belleza. Pero, en cambio, en las líneas ondulantes, aunque bien marcadas—tal vez un poco lascivas con lascivias de maja desnuda—de su cuerpo; en la

EN EL REAL



—¿Sabe usted que esta tiple enseña demasiado?

—¡Señora, está justificado..., porque por algo se llama la Güerriñi!

gracia de sus movimientos—sobre todo en los andares, que mecían las caderas con ritmo voluptuoso—; en la truhanesca gracia de los ojos burlones de golfo vicioso y en la boca roja, húmeda y sensual, perpetuamente entreabierta en sonrisa ofertora, había un castizo encanto, aroma de lujuria fácil y elegante, algo de chula y de gran dama, que hacía pensar en las majas-duquesas que nos legó en sus lienzos Goya, ruiseñores que pusieron sus trinos en las noches galantes de la Moncloa.

Aunque los marqueses se habían encerrado en el más severo de sus castillos—castillos que ya no existían sino en los cuarteles de su escudo—para desdeñar las habladurías del vulgo, es lo cierto que, desde las grandes damas que comían emparedados mientras «Machaquito» daba estocadas, hasta las mozas del partido que, arrebuñadas en vistosos pañolones se emocionaban con las proezas de los banderilleros, todo el mundo, igual en los palacios de la Castellana que en las tabernas de Lavapiés, comentaba los desvaríos

Nadie, pues, comprendía la boda de conveniencia, la venta de blasones á cambio de talegas. Parecía imposible. ¡Qué diría el Niño! Los más cínicos dieron por sentado que *aquel desdichado de Paquito acabaría en la dehesa.*

Lo más notable es que la presunta víctima, el futuro, parecía encantado de las aficiones tauromáquicas de su mujer.

—Mira—había dicho á Prudencio Alcántara en el Club, en un momento de expansión—, es una suerte que Aldoncita sea así.

Congeniamos á maravilla, y luego no se asustará de ver toreros en casa. Ya sabes que yo nací para torero, y que si no fuese por los millones de papá...

Y es fama que, como Prudencio se lo contase á la de la Campañada, murmuró ésta:

—¡Silos hay predestinados! Acabaremos por tener que hablarle con burladeros.



Aldonza había tenido una idea digna de su castiza fama. Había, según aseguraban, ofrecido á la Virgen de

NI UNA PALABRA MÁS...



—Basta con esa ligera indirecta, Eufrasia... ¡Te he comprendido!

amatorios de la marquesita. Y si hemos de decir la verdad, y aun á riesgo de caer bajo los anatemas de severos moralistas, diremos que una gran corriente de simpatía envolvía á la desigual pareja.

La marquesita era popular. Por doquiera que sonaba su nombre, un requiebro la precedía. Sus dichos se comentaban por las gentes del gran mundo con una sonrisa de indulgencia. «Bah, ¡cosas de Aldonza!» y el pueblo, el buen pueblo, rendíase á la gracia de aquella *señorita tan castiza, tan serrana.*

la Paloma, la más madrileña de las imágenes, ir la víspera de su boda á oír la primera misa que se dijese en su altar.

El voto hizo sonreír á la marquesa, feliz de la piedad de su hija; mereció la aprobación del marqués, que se las daba de gran señor á antigua española, é hizo prorrum-pir en exclamaciones de entusiasmo al futuro esposo, que en su desvarío llegó hasta ofrecer á su novia acompañarla puesto de cordobés y capa. Aldonza cortó por lo sano, asegurando que para el perfecto cumpli-

miento de la promesa había de ir sola con su vieja señora de respeto, la buena de doña Angustias.

Rebelde á las rutinas, la muchacha habíase negado siempre á tener por rodrión ó carabina una de aquellas antipáticas y entrometidas franchutas que imponía la moda, y conservaba á su lado á la anciana Angustias, que la viera nacer y que sentía por ella adoración. Era doña Angustias una verdadera dueña á la antigua usanza española, rezadora y devota, fiel á su ama y ducha en artes de tercería. Juntas, pues, baja, huesuda, envuelta en amplio manto la sirvienta; airosa, llena de garbo, sombreada la frente de magnolia por la blonda de la mantilla la señora, salieron ama y criada un amanecer de Abril camino de la iglesia. Cruzaron el centro de Madrid provocando la admiración de los madrugadores, y enfilando Carretas y la Concepción Jerónima llegaron á la plaza del Progreso.

No sé si por obra de la casualidad ó porque el arte de zurcidora de doña Remedios hubiese suplantado á la Providencia, el caso es que topáronse en los jardillos con un guapo mozo luciendo el fuego de dos pupilas de abencerraje entre el ala de un cordobés y el rojo embozo de la bordada capa con que se defendía del frío matinal.

Ni susto ni sorpresa mostró Aldonza al ver al galán allí, sino que, muy al contrario, pintóse vivísimo júbilo en su cara pícara, y yendo al encuentro del torero, le tendió la mano:

—¡Hola, Rafaelillo!

—¡Nena!

Emparejáronse los dos, y seguidos de la dueña, que creyó pertinente dejar respetable distancia entre ella y la pareja, encamináronse hacia las rondas.

Doña Angustias, como buena cristiana, entregábase á la oración y á meditaciones piadosas, mientras el Niño de Triana contemplaba á su pasión sin atreverse á pronunciar palabra. Ya en la Ronda de Valencia, Aldonza acortó el paso, y encarándose con su compañero, suspiró:

—¡Nene mío, qué pena!

—¿Pues quién, sino tú, lo ha querido?

Amanecía; e el cielo turquesa alzabase por Oriente un nimbo de oro. Gentes madrugadoras caminan presurosas á su trabajo; carros tirados por interminables reatas de mu'as, cigarreras, vendedores ambulantes, churreras, verduleras, cruzaban en todas direcciones.

—¿Y qué quieres que yo le haga, si no hay remedio?—reanudó la bella doliente.

Habló él con calor, poniendo el alma en-

tera en sus frases de una poesía bárbara y ardiente, que acariciaba á la muchacha como un viento de fuego y la hacía desfallecer en loco anhelo de besos y caricias. Habló, y fueron sus palabras una protesta airada contra los necios convencionalismos que alzaban una barrera infranqueable entre su amor y ella.

—¡Nena! ¡Mi vida! ¡Mi gitana! ¡Mi chula bonita! ¿Por qué te casas? ¿Por qué me dejas, si sabes que estoy chalafto por tí, que no vivo más que por tus ojos? ¡Aldonza! ¡Mi cielo! ¡Mi vida! ¡No me dejes! ¡Piensa en mi penilla cuando te vea con otro, cuando esos ojos, que son míos, miren á otro gachó! ¡Cuando tengas otro querer!

—¡Otro querer!—musitó ella sonriendo dolorosamente—. No, Rafael, no. Nunca, te lo juro, nunca querré más que á tí! Pero es la vida así. ¡Feliz tú, que puedes vivir sin más leyes que las que tú mismo te fabricas! ¡Para mí—prosiguió nostálgica—, la existencia está llena de debe-

res, de obligaciones, de tristezas! ¡Desde chica no he oído más que «esto no está bien», «esto no puede hacerse», «no es chic...», «las gentes de nuestra clase...», «en nuestro mundo...», y yo me reía, porque me era igual, y creí que todo paraba en palabras... y yo tengo que sacrificar mi corazón!

Calló, melancólica como una Julieta de mantilla; luego, recobrándose del desfallecimiento romántico, tornó á ser la misma y rió picaresca.

—¡Pero si parecemos los amantes de Te-

DECEPCIÓN



Toda la noche picándome..., ¡y ahora resulta que es hembra!

ruel: tonta ella y tonto él!... ¡Pues no lo tenemos poco por lo trágico! Mira, chaval—afirmó cínica—, no seas panoli; si me caso con ese es porque no he encontrado otro más tonto ni que le tiren más los cuernos. Ya verás, ya verás...—ofreció.

—Rió el esperanzado, y audaz buscó sus labios.

Ella no los rebuyó, y las bocas se fundieron en un beso, mientras doña Angustias,

ojos echaban chispas. Bebía sin cesar y reía sin motivo, haciendo chistes y bromeando con sus convidados.

En el amplio y sencillo comedor del cortijo, en que la antigua plata española daba una nota de suntuosidad severa, reuníanse los doce ó ca'orce invitados, llamados por Paquito Costales para las pruebas de aquella ganadería que acababa de comprar.

Hacíanse todas lenguas de la belleza de

la señora de Costales y, á decir verdad, con harta justicia y razón, pues en dos meses que de casada llevaba, habíase ampliado aún su belleza y, además, el leve tinte moreno que el sol de Andalucía había puesto sobre su rostro, contribuía á aumentar su grajejo. Entre el efecto causado en los invitados por la magnificencia del cortijo y las alabanzas hechas á su mujer, Costales no cabía en sí de gozo. Pero lo que colmaba la medida, era tener allí á su amigo Rafael, el *Niño de Triana*, el mejor torero que nació de madre.

Acabó, por fin, el almuerzo, y tras tomar el café en la terraza, amenizado por los imprescindibles cuentos y chascarrillos, montaron anfitriones y convidados en los coches y encamináronse á la dehesa. Llegaron á la caída de la tarde, cuando el sol, ya en el ocaso, enviaba sus últimos rayos sobre el inmerso tapiz de esmeralda. Extendíase la llanura en

gran extensión, sin otro paraje habitado que una especie de casucha de piedra y tierra que servía de albergue á los vaqueros. Manadas de toros pastaban aquí y allá, vigiladas por sus guardianes de á pie y de á caballo.

Avanzó Aldonza hacia la habitación, sin miedo, al parecer, á las feroces bestias, confiada tal vez en el valor de Rafaelillo, que marchaba á su lado. La figura airoísima de la muchacha se destacaba con el blanco ata-



—¿Has visto la *Patro*, cómo ha prosperado desde que lleva moño griego.

—Toma, como que *toó* eso le ha salido del moño.

que acababa un Padrenuestro, se santiguó devota.

Aldonza sentía su pie prisionero de los de Rafaelillo, y además sentía que, si alguna vez quedaba libre, era porque el pie atrevido del torero escalaba la pantorrilla en una exploración inacabable. No pensaba ella, sin embargo, en rehuir el encuentro. Nerviosa, inquieta, locuaz, sus mejillas ardían y sus

vío de Abril sobre la verde hierba, y la sombrilla de seda roja granaba un sangriento reflejo al bello rostro moreno.

De pronto sonó un grito. Uno de los toros se había desmandado, tal vez excitado por la roja sombrilla de la dama, y corría hacia el grupo de invitados, perseguido por los vaqueros, que no lograban darle alcance. Huyeron todos en varias direcciones, y Aldonza, tirando rápidamente del brazo del torero, metióse con él en la choza, atrancó la puerta y dejóse caer en sus brazos suspirante:

—¡Nene! ¡Nene!



Mientras tanto, Paquito vió el cielo abierto. ¡Ahora iban á saber lo que era bueno! ¡Ocasión como aquella para lucir sus proezas taurinas no se presentaría otra! ¡Hasta el Niño de Triana había huído!

Quitóse la chaqueta, y plantándose ante el toro dióle dos ó tres recortes, con lo que hubo tiempo de que llegasen los garrochistas y volviesen la fiera á su sitio. Surgieron los amigos aplaudiendo con entusiasmo un tanto burlón, y entonces echóse de ver la falta de la bella Aldonza y su galán. Acudieron á la choza y el marido trató de entrar. Inútil; la puerta seguía cerrada, y tras ella sólo se oía suspiros entrecortados y raros murmullos.

—Pero, ¿qué demonios pasa?—interrogó Costales.

La voz de Rafaelillo sonó alterada:

—¡Na! Que á su señora l'ha dao un soponcio.

—¡Abre tú, hombre; parecez tonto!—indicó el marido.

—¡Si no pueo! Me tié cogío.

Mientras, los suspiros de Aldonza redoblaban y los invitados mirábanse entre irónicos é indignados.

—Mujer, Aldoncita, no te apures; si ya le dí unos recortes al toro y se lo llevaron—

La voz de la bella se escuchó entre dos suspiros.

—¡Ay, nene, me muero!

El esposo se sintió enternecido.

—¡No seas chiquilla!—y encarándose con el torero: ¡Pero abre tú!

¡Si no pueo! ¡Está con er ataque y se mueve mucho!

Hubo un silencio embarazoso. El señor de Costales no sabía qué determinación tomar, y los demás fluctuaban entre la risa y el asombro. Al fin, la voz del torero anunció:

—Paece que se le ha pasado.



—Señorita, ¿hago nudo y lazada?

—No hagas más que lazada, porque me ha escrito el coronel que hoy tiene mucha prisa.

Un minuto después se abría la puerta, y Aldonza, despeinada y con los ojos brillantes, caía en brazos de su marido.

—¡Ay, qué miedo!

Y como él narrase su proeza, ella, mirándole con sus divinos ojos de golfillo burlón, encomió:

—¡Qué valor!

Y los demás repitieron á coro:

—¡Qué valor!

Antonio de Hoyos y Vinent.



El confesionario

CARMEN VILLAR

No más ni menos que las demás mujeres jóvenes, alegres de genio y regularmente bonitas, yo he tenido mis amorcillos... Pero aventuras extraordinarias, dignas de escribirse, la verdad, yo no sé...

Mi primer novio—el primer novio que yo recuerdo, porque empecé a entender de amores tan chiquitita que mi memoria se pierde y se confunde—era un dependiente de farmacia

que me llevaba pastillas

y que tenía sabañones en el invierno y que vivía en la plaza del Progreso, al tiempo que yo



CARMEN VILLAR

en la calle de Mesón de Paredes, donde tuve la dicha de aparecer cuando mis padres me trajeron al mundo «desde París».

Aquel muchacho era buenazo como el pan y dulzón y pegajoso como las pastillas de goma que me llevaba cuando iba a verme. Yo me burlaba de él la mar, y el pobre chiquito no llegaba a concocerlo. Por el contrario, cuantas más cosas le hacía, más amable y pegajoso se me mostraba.

Una tarde, por fin, estando los dos en la susodicha plaza del Progreso, se nos acercó una gitana, invitándome a que la dejara echarme la buena ventura.

Accedí, y la «cañí», examinando la palma de mi mano izquierda, dijo que yo tenía muy buena mano izquierda y me aseguró que, «andando el tiempo», me casaría con un marqués.

No llego con mi memoria a reconstituir el efecto que aquella predicción produjo en mí. Pero yo, que he sido siempre muy supers-

ficiosa, me lo creí, y como primera providencia «licencié» para siempre al de las pastillas. Después... después, ya crecida, he tenido otros varios novios. Tan «varios» por su número, su carácter y su condición, que si me pongo a hablar de ellos, no concluyo. Baste decir que el marqués no llegó... todavía.

¿En el porvenir? «El porvenir es un libro cerrado», como suele decir un cierto empresario que yo tuve, cuando va a debutar alguna artista. ¡Cualquiera sabe lo que pasará! Yo aguardo al marqués... todavía.

¿Que si quiero que sea rubio ó moreno? ¡Ah, lo mismo me da!

Un moreno alto, con los ojos muy grandes, con los dientes blancos..., me parece muy bien. Un rubio, gentil, distinguido, con los ojos azules y el bigote bonito... ¡admirable!

Esto del físico no me preocupa, la verdad. La cuestión es que, como predijo la gitana, sea marqués.

¿Lo será? ¿No lo será? ¿Llegará? ¿No llegará?

Tengo mis esperanzas, ¡ya lo creo! Y todas las noches rezo para que San Antonio me oiga y me le envíe, haciéndole fácil el camino hasta llegar á mí.

Y hasta que dé con el título, no me caso, porque si lo hago antes y lo encuentro luego, me voy á tener que separar de mi marido... y eso no está bien.

Carmen Villar.

T O R Q U I T O

Sí que he tenido algunas aventuras amorosas, sí. . Cuando yo me aficioné á los toros y me lancé á ser torero, soñando con las glorias que me esperaban, lo que menos me sospechaba yo era esta afición de las damas... á los cuernos y este desparpajo con que escriben cartitas llenas de fuego, la mayor parte de las veces para ponerlos. ...Pero, ¡diablo, es una de las más importantes derivaciones del oficio!

Mi «iniciación» fué, naturalmente, antes de ser torero, y fué de un modo cómico que me avergüenza ahora... Fué ¡llorando yo!

Verán ustedes: En mi vecindad, y siendo amiga de mi familia, vivía una señora muy guapa y muy joven que no tenía hijos y que estaba separada del marido, según contaban, porque las aficiones de él no iban por el camino recto, y, en general, no era como debía ser.

Pues bueno, esta señora estaba siempre conmigo muy cariñosa. Me besaba cuando me veía, me decía que fuera á verla, y las más de las veces me regalaba juguetes y todo.

Una tarde en que hacía mucho calor, á la hora en que en mi casa todo el mundo estaba recogido, descansando, á mí se me ocurrió salir á un balcón para ver si desde él podía coger un nido de gorriones que había allí cerca. Al balcón también es-

taba la vecinita guapa y cariñosa, la cual al verme, me llamó:

—Serafinito, hijo, ven aquí, que esta mañana he salido y he comprado para ti unos juguetes muy bonitos.

Escapado, sin hacer ruido para no despertar á mi familia, y con la impaciencia propia de mis doce años cuando se me hablaba de juguetes, fui á casa de doña...

Doña... me esperaba con la puerta abierta y me hizo pasar á su alcoba, donde tenía encima de su cama unos peones y otros juguetillos.

Yo me cegué y no la hice caso á ella; pero estaba hermosa de verdad. Con una bata blanca, desabrochada de modo que dejaba ver parte de su pecho blanco, fuerte y tentador; casi despeinado... ¡aquello era una mujer!

Empecé á jugar con los chirimboles que me dió; pero como ella me dijo que fuera á sentarme en un sofá y que después jugaría, yo, por agradecimiento, obedecí.

... Bueno, lo que pasó después ¿para qué voy á contarlo? Como tengo poca costumbre de escribir, y para el público ninguna, emplearía palabras gruesas. De modo que más vale callar. El caso es que me inicié rojo de vergüenza... ¡y llorando!

Más tarde, ya sin llorar, me pasaron muchas cosas. He dormido una noche debajo de una cama ;otra,



SERAFIN VIGIOLA

en el verano por fortuna, en un tejado... ¡qué se yo!

Actualmente hay una señora, bastante agradecida ella, que me escribe casi todos los días las cartas más estupendas que pueden concebirse. ¡Qué tonterías me dice, Dios!

Un amigo mío me ha dicho que es la viuda de un exministro, y que soy un primo porque no la hago caso. Pero «el caso» es



—Cuando se tropieza con una mujer así, aunque estamos en Cuaresma, se siente uno «carnicero».

—Pues, mire usted qué casualidad..., yo voy en busca de unas criadillas.

que á mí no me resulta la tal señora. Como es viuda, de seguro leerá LA HOJA DE PARRA y se va á llevar un disgusto al enterarse de lo que digo. Pero, ¡cómo ha de ser, señora! Yo ahora no estoy para apenar con todo lo que salga, la verdad.

Y vamos á concluir. ¿Qué como me gustan á mí las mujeres? De todas las maneras: rubias, gordas, morenas, flacas... ¡cómo salgan!

¿Qué cuando me voy á casar? ¡Ah, alto aquí, amigo! Si pienso como ahora ya será tarde. Y no lo digo, «adaptando» el matrimonio en general á mi situación actual, no señores. Yo ahora tengo que trabajar mucho y casándome y complicándome la vida, entiendo que no iba á hacer más que tirar...

Repito que no lo digo «viéndome», no. Es que en el matrimonio no encuentro más que exigencias y cosas de esas... Cada vez que un amigo se casa, ¡me da una pena!

Yo, á Dios gracias, ni novia tengo; estoy mejor que quiero.

Lo que me hace falta ahora es salud y un poco de suerte. Con esto todo el mundo es chico para mí, y ya verán ustedes las cosas que yo hago. ¡Conque salud, señores!

Serofin Vigiola.



EPIGRAMA CALLEJERO

Luz Cuesta tiene un fervor religioso extraordinario, y se confiesa á diario con un capellán de honor. Se pasa este buen señor, con ella, las horas largas, y esto da origen á amargas pullas, y alguien manifiesta que es, para el curó, esa Cuesta, la *Cuesta de las Descargas*.

Mariano del Todo y Herrero.



CHISTE DE LA SEMANA

Nuestro colega *La Tribuna* ha establecido la costumbre de colocar los días de toros, en sus balcones de la calle de Sevilla, unas pizarras en que cuenta las incidencias de la lidia.

—¿Y á que no sabes tú por qué es expuesto detenerse á leerlas? ¿Qué pasa por detrás?

—¡...!

—Pues por detrás, Thomas.

EMILIO BOMBITA EN MEXICO



Al arribo á México de Emilio Bombita, el gran torero, ha coincido, con diferencia de siete ú ocho días, con la llegada de los periódicos de España que daban cuenta de su fuga con una señorita.

Había llegado Emilio á México con una dama, efectivamente, y cuando sus amigos y admiradores de aquí fueron á verle al Hotel de la Paix, donde se hospedan, no hizo para ocultarlo lo más mínimo.

—Es una aficionada —dijo.

Y la dama, joven, distinguidísima, elegante, con el defecto somerísimo de una cojera que apenas si se nota, asintió sonriendo:

— Soy española, andaluza... Me muero por los toros... y á veces me son también agradables los toreros.

Emilio y la linda aficionada pasan por México, recibiendo agasajos en todas partes,

Al maestro torero se le conocía aquí y se le quería; su hermosa compañera, parlanchina, risueña, simpatiquísima, deja también afectos en cuantos trata... Amigos, lo que sean, son una pareja muy simpática.

La vida que hacen entre nosotros es de diversión y de alegría. Muy temprano, unas veces á pie y otras en coche ó automóvil, salen á pasear y van al campo, donde suelen comer algunos días.

Amigos de Bombita han presentado á la hermosa misteriosa á sus señoras, y con ellas, la dama va al paseo y á los teatros cuando Emilio, muchas veces acompañado de Vicente Pastor, el gran madrileño, fuerte y simpaticote, tiene que «alternar»...

En el *Virginia Fábregas* y el *Principal*, Emilio Bombita ha tomado abono y casi á diario la linda dama luce en una platea sus joyas y su dis-



« LOS DOS »

(Fotografía de Casanova)

tinción. Todo el mundo la mira; todos, mirándola, la admiran.

Al terminar las representaciones Emilio y ella, acompañados algunas veces de Vicente Pastor, se retiran al Hotel de la Paix.

Y—¡oh, fantasía popular, maldiciente y abrumadora!—, aquí empieza tu curiosidad y acaso la inquietud y preocupación que,



—¡No me lo *urquis*, *Menesia*..., que se *orsidal*

con el pensamiento, te hacen interrogarme:

—¿Cómo viven?

—¿Son...?

Pero el cronista sale al encuentro de esas sospechas sin fundamento serio... del todo.

¿Acaso entre dos corazones, porque pertenecan á sexo distinto, no puede haber «sinceridad» sólo? ¡Mundo maldito, existencia execrable é inútil, si así fuera!

Después de leer todas las noticias escritas sobre este asunto por los periódicos de España, yo había llegado á figurarme el viaje de la simpática pareja un hecho vulgar en

que un hombre y una mujer proceden á impulsos de un latigazo del Deseo... Y viéndoles y observándoles aquí, cuando alguna vez les he encontrado en la calle, no he podido por menos de exclamar:

—¡Van como hermanos!

... Y Dios ahora.

Santiago Abad Doné.

México, 15 Febrero 1912.



«LA MAJA CELOSA»

En el teatrillo de Romea está representándose estos días, con el éxito grande que merece, un cuadro de costumbres españolas de fines del sig'o XVIII, titulado *La maja celosa*.

Sus autores, el director de aquel teatrillo, D. Jerónimo Gómez, culto y artista de verdad, y el maestro Aroca, llevan con esta obrita al género de variedades por un derrotero que le dignifica. No hay allí garrotín imbécil, y, sin embargo, hay muchachas bonitas, bien ataviadas, que cantan y dicen cosas que gustan y entretienen.

D. Jerónimo Gómez y el maestro Aroca merecen plácemes, que nosotros les tributamos de buena gana, ani nándoles á que sigan por ahí...



VADE RETRO

¡No me lo recuerdes,
de aqué'llo no hables!...
¡Mi puerta te abría, pasaban las horas,
qué dulces instantes!
Después... á otra puerta
voluble llamaste,
¡quedó el lecho frío, y el fuego apagado,
la muerte en el aire!
¿Y aún osas decirme
de nuevo al hallarme,
que no fuí piadoso, que todo lo olvido?
¡Soy viejo... soy padre!

.....
Aún tengo en mi casa
guardados con llave,
el blanco rosario, y el libro de misa,
que allí te dejaste!

Salvador Ruiz Eroz.

EL TELÉFONO

SABES, lector, cual es el aparato más odioso? El teléfono.

Sí; su inventor creyó hacernos un favor y nos ha proporcionado una jaqueca.

Octavio Mirbeau sufrió imperdonable olvido al no hablar de él en «El jardín de los suplicios», y los famosos inquisidores fueron unos miserables petates no disponiendo, por razones cronológicas, del antiestético artilugio que para todo sirve menos para comunicarnos rápidamente con nuestros conocimientos.

Mi odio al teléfono llega hasta el punto de incluir entre los enemigos del alma á las telefonistas, y si algún pesar tengo, es el saber que estas cruelísimas señoritas suelen ser jóvenes y guapas, no teniendo el espantable aspecto que yo me figuraba en un principio.

Alguien me dirá que ellas son también víctimas de idéntica tortura; pero eso no alivia mi pena en lo más mínimo.

Además, debo confesar al lector que una de las causas de mi antipatía hacia el prodigioso invento de Bell, fueron los amoríos que sostuve hace años con una linda y pizpireta empleada de la Central de Teléfonos.

Renuncio á describiros su tipo para no concitar sobre mí los odios de sus compañeras. Baste el saber que era una de las más bonitas de la oficina.

Tampoco he de pintaros lo ardiente de nuestra pasión, ni mucho menos las protestas, juramentos y zalamerías que mutuamente nos prodigábamos. Eso se lo puede figu-

rar cualquier lector, por torpe que sea.

Nuestras relaciones terminaron pronto á consecuencia de mi mala memoria, porque jamás pude retener los turnos y horas de trabajo, y siempre me estaba preguntando á mí mismo si le tocaba hoy ó le tocaba ayer.

Además hubo una temporada que aumentaron las comunicaciones y le tocaba todos los días. También ella puso como razona-

LO QUE CONFUNDEN LAS MODAS



—Oye, chico; ¿es una señora, ó un letrado con una pieza de autos?

—Lo de letrado, puede que no sea verdad; pero lo de la pieza, salta á la vista.

miento, para romper conmigo, que yo tenía las manos demasiado largas.

¡Bah, cosas de mujeres!

Algún tiempo después terminé mi carrera y me metí á periodista, y entonces aumentó mi aversión á la telefonía, porque sobre mi mesa, ¡voto á bríos!, pusieron un aparato que no deja de sonar ni un instante. Menos mal que soy algún tanto sordo.

De vez en cuando el teléfono me propor-

ciona un buen rato enterándome de lo que dicen por el hilo algunos abonados.

Ayer, precisamente, sorprendí un diálogo encantador.

Una señora, comunicando con su director espiritual, decía:

LAS INGÉNUAS



—Pregunte usted por la Reque...

—¡Caramba, qué nombrecito! ¿Y por qué te llamas la Reque?...

—¡Velay! Porque me gusta el requesón.

—Padre, estoy muy mala y mi abatimiento y postración son el tormento de mi pobre marido, á quien no sé qué decir para tranquilizarle.

En tan crítico instante hay un cruce y la señora escucha las siguientes instrucciones

de un ingeniero á los operarios que cuidan de una máquina de vapor que tiene averías en la caldera.

—Yo creo que lo mejor es que, si está demasiado caliente, aguarden un poco, que la tanteen después por todas partes por si tiene algún desperfecto, soplando con fuerza en el caño de desagüe. Hecho esto deben calentarle de nuevo, poco á poco, y una vez en su punto untarla con un poco de aceite y meterla, con movimiento uniforme, un nuevo pistón, que debe ser una pieza de doce á catorce centímetros, procurando que no se desperdicie el líquido. Si, á pesar de todo, no funciona regularmente por delante, enrosque por detrás ó llame á otro que tenga más habilidad...

Se oye un grito ahogado, y yo me aparto del teléfono sosteniendome las mandíbulas para no perderlas á fuerza de risa.

¡Oh, el teléfono!

Antonio de Lezama.

ELOGIO DE UNA LENGUA

En el húmedo raso carmín de vuestra boca donde curvan los dientes un blanco peristilo, cobijáis la encendida serpiente que provoca las fragantes lujurias en mi verso tranquilo.

Doctora sois en artes de prosodia en Castilla
mas no ignoráis las sabias lenguas embajadoras,
desde el casto silencio de la raza amarilla á las infatigables plenipotencias moras.

Cálida y perfumada de alientos tropicales, móvil como los cónicos penachos de los cirios,
¡oh, lenguas de las dulces palabras pasionales!
¡cómo encantan mi vida sus perversos delirios!

J. Martínez Jerez.

Otros originales de cierta actualidad nos obligan á retirar de este número el pliego encuadernable de las memorias de nuestro amigo el gran actor Pepe Ontiveros.

NUESTRAS COCOTAS

ENRIQUETA ANTÓN



É aquí una chica culta y con principios de moral y principios de religión: Enriquetita Antón.

—...Pero eso, hijo mío — me dice la linda *desnudable*—eso no se cotiza... y aquí me tienes.

He ido á visitar á Enriquetita á cosa de las doce, y estaba en la cama todavía. Sentado junto á su cabecera se nos ha ido un rato, charla que te charla, amenamente.

—Ahora habrás de esperarte y almorzarás conmigo—me impone cariñosa, dejando la cama y echándose sobre los hombros «un salto» muy blanco, muy transparente y muy sugestivo.—Anda, voy á bañarme.

Poco después, almorzando ante la inspección discreta de una doncellita pizpireta, muy gentil y muy mona, Enriqueta, suspirando de tiempo, en tiempo, empieza á contarme su *caída*.

—Fué muy original, fué un poco rara...—me asegura—. Figúrate que vino á ser con un hombre cincuentón y sucio y antipático que á mí me daba mucho asco. ...Pero fué.

Mientras hace una pausa, Enriqueta palidece un poco, y su boca y sus ojos se contraen, y sus dientes blancos y cuidados se aprietan y se muestran como amenazando.

Luego, cuando yo voy á decirle algo, saliendo al paso á sus preocupaciones, ella sigue:

—Mi padre era abogado y fué político, y entre el bufete y los negocios, que supo cultivar, consiguió crearse una aceptable posición y vivir bien. Mi madre había muerto al nacer yo, y siendo hija única, figúrate que fuí la preocupación única de mi padre, que depositó en mí su atención. Yo tenía «miss» criadas, cuanto mi cuidado podía solicitar...

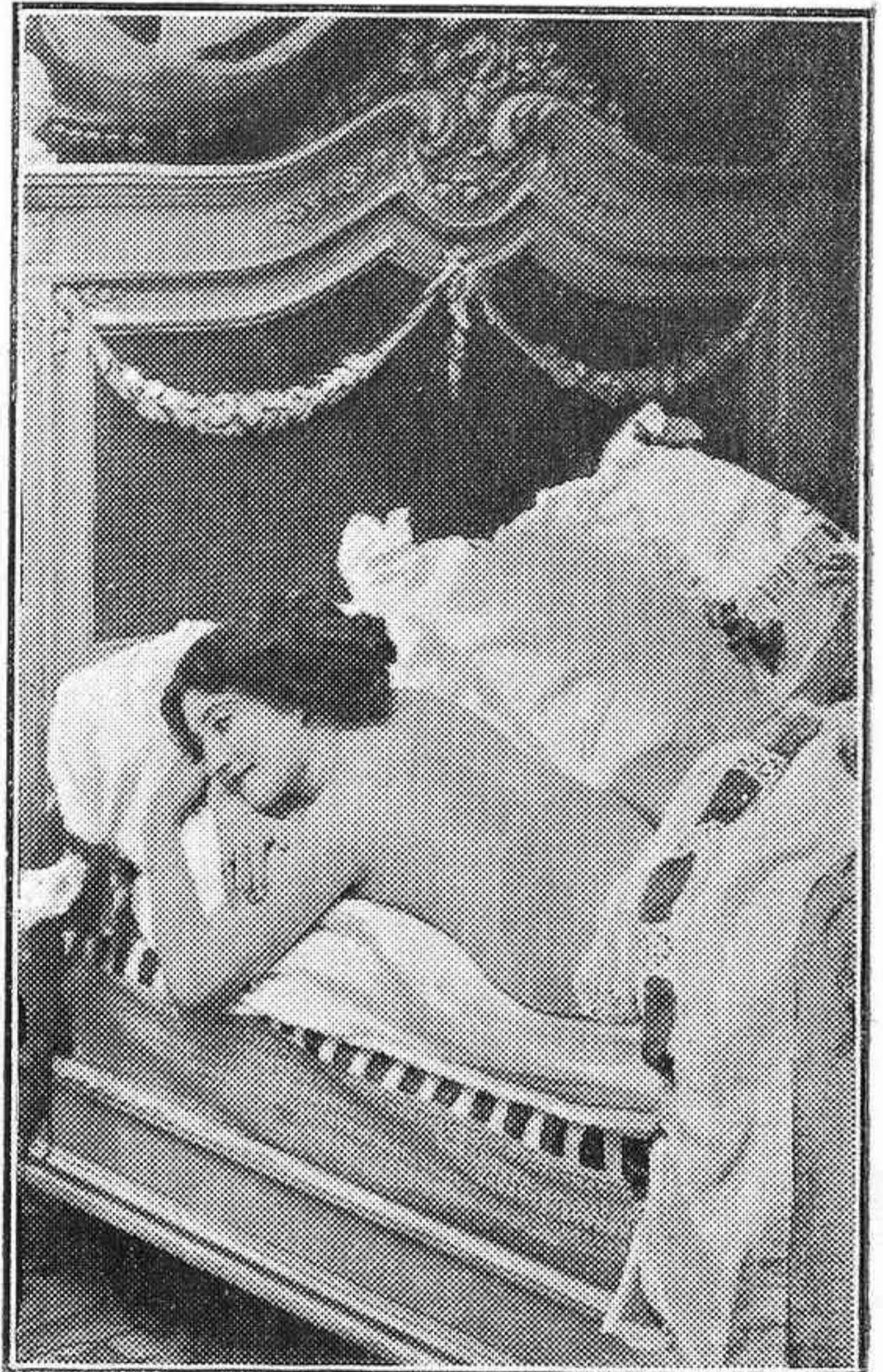
Habitábamos un hotelito en el barrio de Salamanca, y mi padre, hecho ya á la costumbre de estar siempre conmigo, en vez de ir al casino y tertulias políticas y de recreo, todas las noches recibía en casa á sus amigos. Entre ellos, iba uno que se llamaba X, y en el que mi papá creía y confiaba como si hubiera sido hermano suyo.

¡Pero, sí, sí!... Admírate: con aquel hombre viejo, feo, sucio, desagradable, con aquel hombre fué mi caída.

Apenas yo tuve trece años, ya convertida en «una mujercita», X, aprovechando algún momento en que me quedé sola con él, con su destreza de viejo sátiro, empezó á rodearme y á requerirme. Yo no sabía qué hacer.

Mi primera impresión fué de rabia; y pensé decírselo á mi padre para que le echara de casa. Pero luego reflexioné y tuve miedo... y no lo hiee.

Pasó algún tiempo, y una tarde en que hacía calor—era el 5 de Mayo—X almorzaba con mi padre y conmigo en la terraza del



ENRIQUETA ANTÓN

jardín. Cuando íbamos á tomar café, un criado entró diciendo á mi papá que una Comisión de su distrito quería verle. Mi padre se levantó y fué allá. Yo quedé aún en la mesa, sola con X., y como me molestaba y sabía, además, que habría de aprovecharse, esperé una ocasión para marcharme...

Pero X., experto, un poco práctico, no la dejó llegar. Primero empezó á atribuirme un novio que estaba sólo en su fantasía. Luego... Luego ocurrió algo trágico y canalla. X se arrojó de pronto sobre mí, y forzándome, me tiró sobre una *chaise-longue* inmediata.

Yo intenté defenderme, quise gritar... ¡no sé! Por otra parte, temía que mi padre llegase, su disgusto... Y fué, fué fatalmente mi caída entonces.

Meses más tarde mi padre falleció de una afección cardíaca, cuando yo menos podía esperarlo. X, solícito, en aquellos primeros días de luto, me acompañó y me cuidó como á una hija. Después... después ¡intentó hacerme su querida! Claro está, le arrojé de mi casa.

Me ofreció que se vengaría, y cumplió su palabra. A cuantos muchachos se acercaron á mí hablándome de amores, les dijo que él había obtenido mis primicias...

Fué fatal mi *caída*; ya no la pude remediar. Joven, bonita, teniendo que renunciar á la idea de casarme, porque X, miserable, me espantaba los novios; un día escuché sonriendo un piropo, y otro me dejé seguir volviendo la cabeza. Y fué, fué...

.....
—Pero te juro que no estoy pesarosa. Me

he hecho un poco egoísta, y la idea de un marido, de unos hijos y de la consecuencia me aterroriza. Estoy así muy bien, muy bien.

Félix Recio.



TENORIAS

Quando paso junto á tí,
me acuerdo de aquella noche
y me digo *sotto voce*:
¡Hermosa noche, ay de mí!



Te escapaste con Andrés
y te dejó en Malpartida...
*¡Quién pudiera, doña Ines
volver á darte la vida!*



*¡Cuántas al mismo fulgo
de esa luna transparente
por reir, locas de amor,
hoy lloran amargamente!...*



¿Buscas refugio en mi casa
después que de ella has huído?...
*Don Juan Tenorio no pasa
moneda que se ha perdido.*

Gonzalo Cantó.

EST. TIP. DE EL LIBERAL

¡PRODIGIOSO! ALEXGO ¡MARAVILLOSO!

LA HOJA DE PARRA • REVISTA FESTIVA •
APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración inédita de los más ilustres escritores y dibujantes

NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.

Oficinas:
MÉNDEZ ALVARO, 2, PRIMERO

★ Apartado de Correos número 547
✱ MADRID

En Valencia: VICENTE PASTOR, Victoria, II.

En Barcelona: NARCISO ESPAÑA, Kiosco EL SOL